



**CUENTOS
TIMIDOS**

**PEDRO
SCHLUETER**

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

SOMBRAS (teatro). 1965

LEYENDA DE UNA SONATA
(teatro). 1966 y 1970

NUEVE RELATOS EN NEGRO Y ROJO.
1978

HOY, AYER, ANTEAYER
(relato). 1980

Portada: SERGIO PEREZ PARRILLA

Cuentos tímidos

Para José Luis Gallardo
es un fuerte abrazo

Carlos unap/83



Edición no venal de 351 ejemplares
numerados, patrocinada por
Librería Larra

Ejemplar N^o 00032

© Pedro Schlueter Caballero, 1983

Imprenta Pérez Galdos
Buenos Aires, 38
Dep. Legal. G.C. 355 - 1.983
Las Palmas

JLG 8274



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º DE AUTORES	129002
N.º DE CLAS.	633109

CUENTOS TIMIDOS

de Pedro Schlueter Caballero



Las Palmas
1983

CUENTOS TIMIDOS

I

En cierta ocasión, viajé a un pueblo del interior de Gran Canaria para realizar una visita. Normalmente, no suelo ser persona que practique este arte y, mucho menos, cuando se trata de cumplir en caso de defunción. (El día que muera probablemente iré solo al cementerio). Pero en aquel caso no podía faltar y tuve que ponerme la corbata negra, extraña prenda cuyo uso nunca he comprendido por la sensación que siempre me ha producido de colgar de un árbol.

Al llegar a la casa en cuestión, no cabía un alma más. Todos se apretujaban en torno a los deudos, con los sombreros quitados y las frentes bicolors, extendiendo manos y manos —las más, sudorosas— para así expresar su condolencia. Condolencia sincera, en algunos casos, pero llena de un particular sabor en otros: ¿temor, quizás, a que los afligidos parientes notaran su falta en el entierro?

Tras el momento dramático de la salida del difunto, me puse a pasear por las calles del pueblo y, sin querer, me encontré al poco ante la barra del bar canario de campo, en donde todos se conocían y yo, consiguientemente, era el único extraño ante aquella clientela, ante aquella casi familia.

No sé si el salirme de lo normal de todos los días, el haber acudido a un entierro, el que la corbata me apretara cada vez más o el bullicio de los que rodeaban el sonido de vasos, botellas y cajas, y que yo estaba muy lejos de compartir; no sé, repito, si fue cada una de estas circunstancias en particular o su suma la que me puso de un humor de muy mal calibre.

En una solitaria mesa, abrigada por cuatro taburetes ocupados, se jugaba al envite. Para pasar el rato, me acerqué a ella, mientras

bebía un vaso de buen vino del Monte. La alegría de algunos jugadores y las palabras que se decían hacía presagiar el final de la partida. Y, efectivamente, así fue: uno de los componentes, lanzando un rugido naipesco, dio un manotazo sobre la mesa y, a continuación, se remó hacia atrás victorioso sobre su asiento. Yo, que estaba a sus espaldas, sentí como daba sobre mi vaso y su contenido me salpicaba de arriba abajo: primero la corbata —la consabida y condenada corbata—, luego la chaqueta y, por último, el pantalón, dejándome una comprometedorra mancha en el lugar menos apropiado.

El silencio se hizo rápidamente en torno a la mesa, mientras mi indignación crecía y crecía hasta llegar a límites insospechados. El causante de mi enfado —un hombro de enormes proporciones— se volvió a pedir perdón y yo, sin dejarlo terminar, le dije con la exasperación de aquel día *anormal todas las cosas desagradables que se me vinieron a la lengua.*

El me miraba tímidamente, asombrado, sin comprender que aquel insignificante accidente fuera merecedor de tantos insultos y yo, ante su gesto, me afianzaba aún más en mi desprecio a su persona.

Cuando mi indignación estaba en la cúspide de lo inimaginable, aquel hombre, alto y fuerte como ninguno, empezó a llorar en silencio y abandonó el lugar... Yo quedé mudo, sin saber qué hacer, en tanto que los presentes me miraban con una mezcla de asombro y odio.

Pagué mi vino casi no bebido y salí tras él a la calle. Sus pasos eran temblorosos, lloriqueantes. Entró en un portal; arrastró su humanidad por las paredes y terminó acurrucándose en un rincón. Con la cara entre las manos, sus gemidos resultaban angustiosos.

Viéndolo, pensé que, con la fuerza que aparentaba tener, el haberlo insultado de aquella manera había sido una temeridad por mi parte.

Con voz entrecortada por lo insólito de la situación le pedí que me perdonara, que todo aquello que le había dicho ni siquiera sabía ya por lo que había sido.

Con cierta timidez, apartó sus manos y me miró aún llorando... No tuve que esperar mucho para ver que mis palabras lo alegraban y los rasgos de su cara tendían a volver a su forma habitual.

Entonces no pude resistir la curiosidad y traté de averiguar el motivo que lo había impulsado a llorar... Su respuesta me dejó perplejo y, aún hoy, la recuerdo con cada una de las tonalidades de su voz:

—¿Sabe? Tengo mucha fuerza en mis manos... Una vez, maté a un hombre de un puñetazo... Antes me eché a llorar porque lo vi a usted muerto.



II

Cuando Andrés decía que había sentido “algo nuevo” al ver a aquella chica, bien es verdad que habría de creérselo, pues su rostro todo se ponía en consonancia con la situación. Un “algo nuevo” que, según él, le hacía temblar las manos y cambiar de color, como si de otra persona se tratase; sudar sin venir a cuento y sentir en toda su piel auténticas descargas eléctricas. Y él pensaba —dentro de su fantasía, lógicamente— que iba a morir electrocutado.

He de decir, antes de continuar con el relato de mi amigo, que Andrés era un claro exponente de timidez y de ello puedo dar fe por varios momentos de los que fui testigo, pero que ahora no es menester referir. Verlo sufrir con su defecto era algo realmente patético porque luego de cada uno de aquellos desgraciados instantes su rostro se desfiguraba y casi pedía a gritos que la tierra se lo tragara.

Al decirme que aquella chica le producía las sensaciones antes descritas, pensé que con ello se iba a meter en un callejón del que le sería difícil salir. Y no me equivoqué.

Me contaba que a pesar de los años que aparentemente le llevaba al blanco de sus miradas, ella también se las devolvía y ya no podía resistirlo más. Que él verla en la calle, el pasar a su lado, el rozarla (como en cierta ocasión hizo cuando su timidez se tomó un día de vacaciones), era para él un auténtico martirio.

— Pero, ¿cómo dirigirme a ella? — me preguntaba—. Cada vez que decido decirle algo ya se ha alejado de mí lo suficiente como para que la gente se quede mirándome al verme hablar sólo.

Le contesté que lo más acertado era escribirle una carta y que, si

no se atrevía a dársela, yo me acercaría a ella con cualquier pretexto y se la entregaría. En un principio, la idea le pareció descabellada, pero, poco a poco, se fue convenciendo hasta que la puso en práctica.

Un día en que fui a visitarlo a su casa acababa de romper el intento de carta número veinte. No le salían las palabras apropiadas: unas le parecían vulgares; otras podían prestarse a doble interpretación; otras... ¡vaya usted a saber a qué! Lo cierto fue que a las dos o tres fechas de mi visita apareció triunfante por mi lugar de trabajo.

— ¡Al fin! — me dijo—. ¡Al fin tengo la carta perfecta!

Le comuniqué mi infinita alegría por ello y le pregunté si deseaba que hiciera el papel de cartero.

— Te la voy a leer primero, — me dijo—.

Y empezó.

Si he de ser sincero, me pareció que allí faltaba algo. Sí. A la carta le faltaba espontaneidad y había un algo forzado en ella, pero, por respeto a sus largos días y noches de esfuerzo en conseguirla, me guardé de hacérselo saber y le dije que me parecía magnífica.

— Sin embargo, he pensado — añadió con cierta decisión digna de alabanza — que debo ser yo quien se la entregue. Así es que a la primera ocasión que se me presente, lo haré.

Y la ocasión llegó a los pocos días.

La vió acercarse por la calle. Empezaron los nervios... Fue sacando su carta lentamente del bolsillo. Ya a unos veinte metros de ella, le comenzaron a sudar las manos. Su piel era pura electricidad... Estando casi frente a aquella mujer, fue a decirle algo, pero las palabras se le escondieron bajo la lengua. Fue entonces su brazo — y todo esto sucedió en segundos — el que se alargó ofreciendo el papel... Ella lo miró extrañada mientras hacía su paso más lento...

— Por favor, — acertó a decir él sin saber cómo — ... Y ella negó con la cabeza, siguiendo su camino, calle abajo, alejándose...

En aquel instante, sólo sintió deseos de hundirse bajo la calle, las calles todas. Que todo el asfalto de las calles del mundo lo taparan para que nadie pudiera contemplar cómo los colores más variados hacían presa de su rostro.

Destrozado, se sentó en el portal de una casa y, entre lágrimas de indignación y pesadumbre, fue mordiendo aquella carta despacio, muy despacio, hasta lograr tragársela y no dejar rastro de ella. Nadie podía imaginar lo amarga que le había resultado.

Desgraciadamente, esta amargura no fue la única en su vida por esta misma razón. Fueron muchas, muchas las ocasiones en que volvió a verla y otras tantas en las que no se decidió en el último instante a dirigirle la palabra. Al final, ya sólo se contentó con contemplarla bajo el freno de su timidez.

Termino la historia.

Mi amigo envejeció prematuramente y una enfermedad lo postró en cama durante el año que aún duró entre nosotros. En sus últimos días, recuerdo todavía su mirada recorriendo cada uno de los rincones de su habitación, como queriendo buscarla para intentar, de una vez por todas, dirigirse a ella.

Murió Andrés.

En el cementerio hubo pocas personas. Pero, al encaminarme hacia la salida, la vi a ella tras un árbol. Incomprensiblemente para mí, había estado contemplando el entierro de mi amigo. No pude resistir la tentación y me acerqué a hablarle... Tenía que saber quién era Andrés y lo que su persona había sido para él... Y ella, tristemente y en silencio, escuchó mi relato.

Todavía hoy, a pesar del tiempo transcurrido, no he podido olvidar sus únicas palabras, casi imperceptibles por los esfuerzos que hacía por no llorar:

— ... mi timidez me impidió también acercarme a él...

III

Soy muy tímido; vaya eso como adelanto.

Debido a esa circunstancia, hubiera podido llegar a ser algo más de lo que soy en realidad; pero, bien mirado, tampoco me arrepiento de mi actual ocupación: ella me permite no hablar con las personas y sí conversar con unos adorables seres que, si bien no me responden con palabras, procuran darme toda clase de alegrías.

Soy jardinero.

Realizo mi labor en la residencia veraniega de unos ricos señores.

La casa, en medio de una enorme extensión de terreno, se encuentra en lo alto de un montículo y a sus pies discurre un pequeño arroyo, que en esta época del año trae muy poca agua, aunque sí la suficiente como para darse un baño cuando aprieta el calor.

Los señores tienen una hija que estudia en una Universidad cercana. Una adorable criatura a la que contemplo tras las persianas de mi timidez y con la que jamás me he permitido soñar por lo inalcanzable que resulta. Su posición y los años que cuento, de los que prefiero no hablar, son la barrera de mi total indecisión; años que me impiden hacer las cosas que deseo; años, casi cincuenta, que... (¡ya lo dije!, siempre me ocurre lo mismo).

Mi aventura, la única de mi vida y bien puedo decirlo, comenzó en una de aquellas soleadas mañanas.

A ciertas plantas les había caído una maleza que les quemaba las hojas, y eso me tenía contrariado. Tan absorto estaba en combatir

la plaga que no había reparado en que, desde hacía un rato, ella estaba junto a mí. Al ver mi sobresalto, me dio los buenos días y yo, escudándome en mi socorrido mal humor, apenas emití un ruido.

—¿Les ocurre algo a las flores? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Maleza?

Volví a asentir.

—¿Y se marchitarán todas?

Me encogí de hombros.

Viendo mis enormes ganas de hablar, se apartó unos metros y se tendió sobre el césped.

—Es una lástima que no tenga ganas de hablar —me dijo, mientras con una mano protegía su vista del sol. —Es usted una persona muy interesante, porque todo aquel que cuida y ama las flores como usted lo hace debe poseer una gran sensibilidad. ¿Me equivoco?

Yo ni respiraba.

—No recuerdo haberlo visto hablar con nadie; ni tan siquiera con la cocinera mientras come; y eso es bien difícil, porque la buena mujer es una auténtica ametralladora lanzando palabras.

Sonref.

—Hombre, al menos sabe sonreír.

Se me paralizaron las facciones de la cara.

—Bueno, bueno, no lo molestaré más; pero antes me va a hacer un favor...

En realidad, no me estaba molestando: todo lo contrario. Ojalá supiera lo deseoso que estaba de que me dirigiera la palabra, de que viniera a ver mis flores, de que... Su voz, un tanto molesta, me hizo volver de mis pensamientos.

— Me puede hacer el favor, ¿sí o no?

— Perdona, estaba distraído —le contesté.

— Le he arrancado tres palabras —me dijo sorprendida.

Me volví hacia ella sin mirarla.

— ¿Me puede ensillar la yegua?

Por única respuesta me dirigí a la cuadra y, al poco, regresaba con el animal ensillado.

Minutos más tarde, se alejaba y yo, respirando profundamente, intentaba tranquilizarme... ¡Qué sensación de vergüenza! Pero, ¿por qué?... ¿Y todavía me lo preguntaba? ¡Maldita timidez! Si no fuera mi compañera inseparable, la de cosas que le hubiera dicho. Hasta anteponer señorita a su nombre se me hubiera olvidado...

Casi al mediodía, habiendo terminado mi labor, bajé al río.

El tiempo era algo caluroso y, no diviso a nadie por los alrededores, me desnudé y dejé que el frescor del agua fuera llegando a cada una de las partes de mi cuerpo. Era tan agradable...

Llevaba así unos minutos cuando, al mirar hacia la orilla opuesta, divisé unas siluetas entre los cañaverales. Sin pensarlo mucho, me encaminé a ver quien podría andar por allí. (En esta época del año suelen aparecer algunos veraneantes que, como una auténtica plaga, lo invaden todo dejando su desagradable rastro de desperdicios).

Me acerqué lo más silenciosamente posible y grande fue mi sorpresa al verla tendida, totalmente desnuda, tomando el sol. A su lado, la yegua mordisqueaba unos hierbajos componiendo un delicioso cuadro que jamás hubiera soñado contemplar. Su cuerpo era un inapreciable regalo para mis ojos y fue entonces, en aquel preciso instante, cuando me di cuenta de que yo también estaba desnudo... Y con ello me vino el horror de ser descubierto... Y algo precipitadamente intenté regresar por mi ropa... Y al hacerlo, hice ruido...

En mi espalda se clavó su mirada.

— Ven —, me dijo.

No sabía qué hacer.

— Ven, hombre, no tengas miedo. No te voy a comer.

La angustia me invadía, casi no me dejaba respirar, mientras no me atrevía a darle la cara.

— El permanecer ahí no te beneficia nada. Además, me gustaría que me dieras una buena explicación de por qué estabas espiándome... O es que prefieres que vaya con el cuento a mi padre...

— No, eso no, por favor —, le dije temblando.

— ¿Por qué no?

— Usted no sería capaz de causarme ese daño.

— Acércate entonces.

Seguí inmóvil sin saber qué hacer.

— Si no vienes, me pondré a gritar.

Entonces me volví y, tapándome con las manos, me acerqué a ella... Allí estaba y yo no me atrevía a mirarla... ¡Cómo hubiera deseado ser otra persona en aquel instante!... ¡Simplemente una persona normal!

Ella se sentó, me tomó de una mano e hizo que me agachara.

— Siéntate y charlemos.

Mientras me contemplaba, yo tenía un nudo en la garganta imposible de describir. Tragaba saliva a fin de deshacerlo, pero allí permanecía. Permanecía sin dejarme apenas respirar.

Al ver el mal rato que pasaba, se dedicó a hacerme preguntas.

— ¿Eres casado?

Negué siempre con la cabeza.

— ¿Has estado alguna vez con una mujer?

Luego de un momento de indecisión, negué igualmente.

—Sigo sin saber lo que una persona como tú hace de jardinero en mi casa... Las flores exigen una extremada sensibilidad por parte de quien las cuida, y tú pareces dársela... Me pregunto si ese cariño que les dedicas no serías capaz de regalarlo a las personas.

—Las flores no exigen nada a cambio —contesté por lo bajo y sin mirarla.

—Luego es el miedo a lo que te puedan exigir lo que te hace ser así... Sí, eso podría ser. Pero no es suficiente. Tu timidez debe tener una razón más poderosa, mucho más importante. ¿Serías capaz de decírmela?

Callé. Y mi silencio pareció contagiar el ambiente por unos instantes. Ella volvió a tenderse y yo quedé sentado, sintiendo su mirada nuevamente en mi espalda... Aquella situación era absurda... Totalmente absurda... Yo no deseaba estar sentado, sino tendido. Yo deseaba...

Sentí una de sus manos sobre mí. Toda mi piel vibró a su contacto y me puse en pie.

Bien sé que no fue mi intención el levantarme. Sólo deseaba gritar porque ya no podía resistir más... Por eso, sus palabras me resultaron tremendamente frías y despectivas.

—¡Quítale la silla a la yegua!

Sorprendido, tardé algo en obedecer.

—Saca las correas que sujetan los estribos y dámelas.

Al hacerlo, se me vinieron a la mente mil imágenes.

Se las di y, recibéndolas, se puso en pie. Pude contemplar sus piernas con mi vista baja.

—Ahora conduce al animal junto a aquella roca para que te puedas subir sobre él.

¿Qué es lo que pretendía?

— ¡Haz lo que te he dicho!

Me acerqué a la roca y, subiéndome a ella, salté sobre la yegua.

— ¡Dáte la vuelta y quédate mirando para atrás!

Lo hice lentamente, con la incertidumbre pintada en mi rostro.

— ¡Tiéndete!

Y al rescostarme, ató mis manos al cuello de la bestia. Con la otra correa me amarró un tobillo y, pasándola bajo la yegua, me la anudó a la otra pierna. Quedé, pues, como una silla de montar humana... Entonces se subió también a la roca y se sentó sobre mí, acomodándose lentamente.

Nuestras miradas se cruzaron por primera y única vez.

Luego cerré los ojos porque empezó a hacer andar a la yegua... Más tarde la hizo trotar... Al final se lanzó al galope, para de pronto detenerse en seco...

IV

Recuerdo cierta tarde en que estábamos unos amigos en el patio de una antigua casa de campo.

Desde el exterior nos llegaba el aire amable y el verdor de unas vides, en las que, tímidamente, aparecían ya los primeros granos.

Bajo techado de madera sostenido por columnas, todos charlábamos, mientras unos chiquillos correteaban en torno a un gran bidón, del que extraían agua para sus juegos. Fuera, aparte de los viñedos, los geranios brindaban colores y los algarrobos cantaban.

Era una de esas tardes plácidas en las que aún no había hecho aparición el verano y la mano del invierno se dejaba sentir. Era una de esas tardes en las que, con la taza humeante de té en la mano, la conversación se hace inevitable al ritmo del tintineo de las cucharillas bailando en el reconfortante líquido. Y era una conversación, la de aquella tarde, cuyo tema siempre me había apasionado: la timidez.

Todos deambulábamos en torno a la cuestión: cada cual contaba un hecho o daba su punto de vista; pero, si he de ser sincero, fue el relato de un invitado el que más me impresionó.

Su historia la narró así.

En la época en que comienza mi relato yo contaba once años aproximadamente; no era mal estudiante y usaba palillero y plumín para mis clases de caligrafía.

El colegio en donde realizaba mis estudios estaba regentado por una comunidad religiosa y cada curso contaba con un inspector, que era el encargado de vigilar más de cerca nuestro estudio y formación.

Así es que el comienzo de cada año escolar traía la consiguiente incertidumbre de cómo sería el inspector que nos tocaría en suerte.

El año en cuestión resultó ser de muy triste recuerdo, en lo tocante al inspector. Tan triste que, gracias a él, conocí mis primeras amarguras y vergüenzas.

Mi padre, que por entonces vivía, era alemán y yo poseía, pues, ante mis compañeros esa particularidad de extranjero; circunstancia que, por otro lado, compartía con un indio y otro chico de apellido inglés.

En aquel desgraciado día que quiero relatarles, nuestro inspector entró en clase con la idea del patriotismo bajo el brazo. Por entonces este fenómeno resultaba del todo normal, como normal era el que los domingos nos reunieran en el patio mayor para cantar el Himno nacional, mientras algunos levantaban su brazo.

Con gafas graduadas y vestido negro, le asomaban, como siempre, tres o cuatro dedos de pantalón bajo el hábito, mientras no perdía la oportunidad de mostrarse muy risueño con nosotros. Sin venir a cuento —al menos hoy lo recuerdo así— empezó a hablar de la guerra civil española. Yo entonces sólo sabía que había habido en ella “buenos” y “malos” y que en Toledo, concretamente en su Alcázar, se había vivido durante un largo asedio una de las gestas patrióticas más impresionantes de la contienda (nuestro profesor de Formación Política, hombre regordete y con un pequeño bigotito, nos contaba siempre que podía este episodio).

La particular visión de la guerra que, en un principio, se nos antojaba a todos como una narración con la que pasar el rato, empezó al poco a tomar para mí unos derroteros muy dramáticos. Aquel hombre, de falsa sonrisa y nariz en pico como el de una gallina, daba la impresión de estar ante los micrófonos de una emisora de radio arremetiendo de forma despiadada contra los alemanes y su actuación en la guerra española.

Yo por entonces tenía pantalón corto, e inconscientemente,

empecé a mojar el plumín en el tintero de mi pupitre con objeto de trazar líneas y más líneas sobre uno de mis muslos. Al principio fueron líneas paralelas, muchas; luego, me entretuve en cruzarlas con otras para quedar sobre mi piel un auténtico enrejado. Creo que sin querer me había dibujado: había una reja que tenía aprisionado lo que el día de mañana sería mi carácter, y aquello que, a través de sus rendijas se filtraba, era tan poco que se confundía con la timidez de mis primeros años. No sabía qué hacer. Me volví hacia mi compañero de atrás y le enseñé el dibujo. El no lo comprendió.

El ataque de aquel cuervo hacia los alemanes era ya tan inhumano —no quiero repetir los pocos calificativos que aún recuerdo— que mis compañeros de clase empezaron a tender un puente de miradas entre su figura y la mía. Entonces, al no poder ignorar ya la realidad de lo que yo representaba, se dirigió a todos los chicos, acompañándose de su peculiar sonrisa —a la que posteriormente bauticé con su nombre—, y dijo haciéndose el gracioso y un tanto despectivo que “yo, de alemán... nada”.

Al decirlo, miró esperando mi respuesta y yo no supe abrir la boca. Un enorme candado aprisionaba mis labios en tanto que mis ojos abofeteaban duramente el tintero, que nunca llegó a ser tomado por una de mis manos para tratar de hacer blanco en la cabeza de aquel imbécil.

Este incidente tuvo para mí una consecuencia que, por lo importante, no puedo omitir. Desde aquel día, yo aprendí a odiar en silencio, gracias al cursillo intensivo al que se me había sometido.

Afortunadamente, con el tiempo tuve mi pequeña compensación.

Ocurrió que, de la noche a la mañana, aquel desagradable individuo fue sustituido como inspector por otra persona —una magnífica persona, por cierto, y de gratisimo recuerdo— que se ocupaba única y exclusivamente de nuestra educación.

El día de mi revancha, por mis aceptables calificaciones escola-

res, tenía yo el puesto de portero de clase: misión que consistía en abrir la puerta cada vez que tocaran en ella.

Sonó un golpe y, al girar la manecilla de porcelana blanca con su peculiar chirrido, me encontré con la desorbitante hipocresía de nuestro antiguo inspector. Hacía pocos días que lo habían cesado en su antiguo cometido sin que yo supiera nunca la causa que motivó tal medida.

Con su acostumbrada voz, patentemente falsa, me preguntó cómo nos iba con el nuevo inspector. Aún no sé a dónde mandé mi timidez para poderle decir con la más radiante de mis alegrías:

— ¡Ahora sí que estamos a gusto!

V

Cuando X subió al avión y logró sentarse junto al pasillo, sintió cómo lo invadía el mayor de los desasosiegos. En realidad, se encontraba vacío, como si una nada total se le hubiera introducido a través de cada uno de los poros de su cuerpo. Sí: en su mente se daban cita el desasosiego y la nada sin llegar a comprender dónde empezaba una y acababa la otra.

Cogió un libro y tras sus gafas trató de ocultar cómo se le asomaban unas lágrimas. Ni Graham Greene, con su envidiable prosa, lograba deshacerle el nudo que tenía planteado.

Atrás quedaban cuatro días de caminar por la gran ciudad, de ver rostros desconocidos, de arrastrar con sus pies hojas del otoño tanto tiempo olvidado... Y el recuerdo de aquellas hojas que bailaban al ritmo del viento hizo que cerrara sus ojos y dejara el libro en el asiento de al lado.

Una vez más un asiento vacío; el deseo de oír una voz desconocida, que se aproximara a preguntarle algo, le volvió a roer el pensamiento. (Lo que más había percibido había sido el acercamiento de un individuo para venderle unas pieles de contrabando y el de una chica —por unos instantes vibró al verla venir— que le arrancó sin dificultad cinco monedas para una rifa de Navidad).

El recuerdo de aquellas largas veladas en el hall del hotel volvió a desfilarse ante él. Teniendo por única compañía un libro, esperó siempre y con la mayor de las ilusiones que alguien viniera a preguntarle algo, que le rompieran la soledad que él, desde hacía años y conscientemente, había construido y que ahora no acertaba a dejar a un lado. La ima-

gen de la timidez y la falta de valentía por deshacer su concha aislante le mordieron las entrañas y unos ligeros estremecimientos del avión lo hicieron volver a la realidad del momento.

Por el pasillo y hacia su sitio, venía una chica con un largo suéter de cuello alto haciendo gestos de aplauso para alguien que debía estar más atrás.

Aquel gesto lo transportó a su última noche en el hotel. En el hall, un individuo, que hablaba en voz alta para que sus amigos y los que estaban por allí lo oyeran, aplaudía sus propias y desafortunadas ocurrencias mientras sus acompañantes le sonreían con caras de deberle algún favor. A un lado, dos chicas, apeteciblemente treintonas, miraban divertidas al grupo como esperando algo de él, mientras de éste, esporádicamente, salían unas miradas que iban a parar a las piernas de las muchachas, que no hacían nada por ocultarlas... De pronto, el parloteo de aquel mono sabio, que esgrimía su falta de apetencia a cargos públicos, hacía relucir su cualidad de apolítico y arremetía siempre que podía contra cualquier profesión o persona, se hizo insoportable. X se quitó las gafas, las metió lentamente en su funda y se levantó. El mono lo miró y él le devolvió la mirada porque no sabía qué hacer con ella. Una de las chicas también lo miró y él, en el tremendo desconcierto que le produjo esta inesperada mirada, no tuvo la valentía de volverse a sentar para mantener aquel diálogo visual.

Ya en su habitación, la desesperación lo inundó y se revolcó con ella en la cama...

Un estremecimiento bastante fuerte del avión lo devolvió nuevamente a la realidad. Se encendieron unas lucecitas y tuvo que ponerse el cinturón de seguridad. Por los altavoces, se anunció la proximidad de una zona de inestabilidad... Entonces, lentamente también, guardó todas sus cosas en su maletín; volvió el rostro hacia un lado y contempló a la chica del suéter que hacía punto. Luego, cerrando los ojos, sólo deseó que el aparato cayese en la tormenta, que más abajo debería estar retumbando en todo su esplendor, para no salir jamás de ella.

VI

Era una vez una idea que empezó a florecer en la mente de un hombre. Su fuerte no era el escribir, así que, hasta que la pudo plasmar en el papel, pasaron muchos días, diría que hasta meses, que crecieron para transformarse en años. Después de un largo proceso de corrección y también de indecisión, creyendo que su idea estaba lo suficientemente desarrollada, comenzó el peregrinaje por las editoriales. Varias fueron las que se la rechazaron. Hasta que una, relativamente insignificante y casi desconocida, la aceptó. Las letras, los párrafos, los capítulos todos pasaron a la imprenta y, al cabo de unas semanas, con aquella música rítmica e inconfundible de los talleres, nacieron las páginas y páginas que conformaron su creatura intelectual. Y a partir de aquel instante, ella comenzó a vivir su propia vida, desligándose del hombre que había dado luz al contenido de sus líneas.

Estéticamente, no he quedado del todo mal. Me han encuadrado en rústica y mi tirada, no muy amplia, ha comenzado a difundirse. Con gran desesperación he visto que no todas las librerías me han prestado la misma atención: para unas soy un simple número de la colección a la que pertenezco, para otras, ni tan siquiera eso. Sólo una se ha permitido el atrevimiento de exponerme en su escaparate. Allí he pasado varios días soportando el sol y viendo como los colores de mi portada iban perdiendo la frescura de sus primeros momentos. Hasta que, no recuerdo cuándo, alguien me ha cogido y ha empezado a ojearme. Mis páginas se han desmerecido de placer al esparcir su contenido, pero, desgraciadamente, al poco rato, he vuelto a mi primitivo puesto. La segunda vez que me han tomado, he creído que sería la definitiva, pero, con gran dolor por mi parte, ha sido simplemente para quitarme de la circulación: otros libros reclaman el sitio que he ocupa-



ULPGC.Biblioteca Universitaria



633109

BIG 860-3 SCH cue

